

nancias y amalgamas doctrinales, nos enseña cómo, entre vicisitudes, llegaban las ideas a la Colonia, saturaban la avidez de los espíritus inquietos, conmovían las conciencias, procuraban conciliarse con ideas tradicionales arraigadísimas, interpretábanse favorablemente a las necesidades y circunstancias del virreinato, daban nuevo sentido a la vida, infundían aliento a los teóricos de la emancipación, renovaban el ambiente y estallaban con disfraces varios.

Ideas del exterior para la expresión nacional

De este modo, las ideas iluministas, en consorcio con antítesis románticas y católicas, que a su vez hállanse contrapuestas a ideas positivas y naturalistas, sirven a Fernández de Lizardi para el análisis, diagnóstico y tratamiento de la vida nacional.

Y es que las colonias y los países jóvenes nutren su pensamiento con ideas extranjeras, heterogéneas; así enriquecen su información, sus análisis y su imaginación creadora. La originalidad, como en el caso del Pensador Mexicano, estriba en la síntesis aplicable a la expresión nacional.

Aclarando un poco más el carácter rudo y al mismo tiempo de artista de Fernández de Lizardi, diríamos que fue un escritor político, ciertamente, pues poseía un fuerte afán apostólico que hizo trascendentes sus escritos gracias a la eficacia de su pluma. Todo esto lo convierte, a nuestro juicio, en uno de los primeros publicistas mexicanos, cuyo mensaje literario de profundo contenido social está a la vista; llega a nosotros en contexto de encuentros y desencuentros de la identidad nacional.

Agustín Yáñez —cuya obra novelística, ensayística y cuentística tan valiosa ha sido incomprendida y mal promocionada por la crítica actual— al redactar el estudio preliminar de este libro, acometió puntualmente la tarea con gran sabiduría, haciendo evidente el cómo y el porqué de la hazaña literario-pedagógica y "publicística" de este autor mexicano.

La publicación de libros como *José Joaquín Fernández de Lizardi: El Pensador Mexicano* por parte de la Universidad Nacional Autónoma de México, destaca por su pulcritud y tino en la selección de textos, lo plausible de la labor editorial que viene realizando esta Casa de Estudios. ♦

José Joaquín Fernández de Lizardi: *El Pensador Mexicano*, Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca del Estudiante Universitario. Estudio preliminar de Agustín Yáñez. México, 1992. 189 pp.

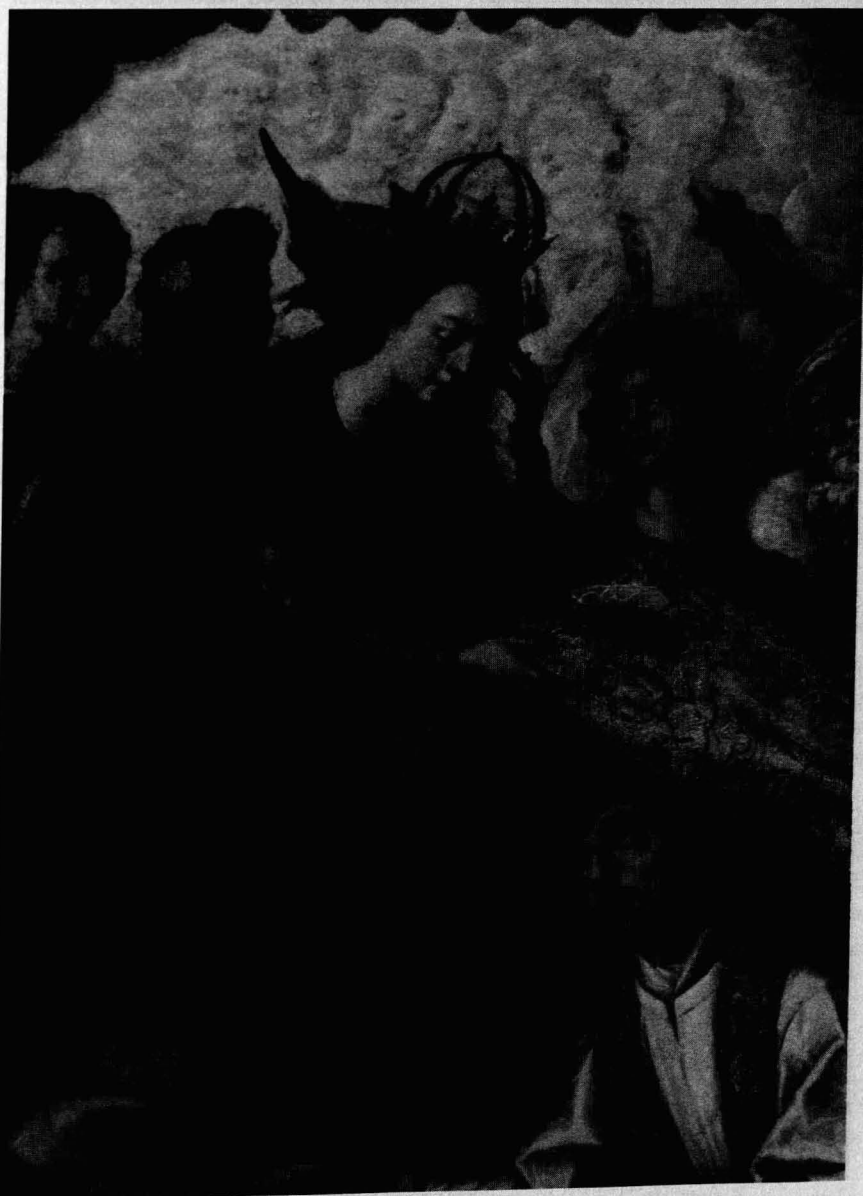
Iconografía de Ignacio Manuel Altamirano

Vicente Quirarte

Quien hace un autorretrato no puede olvidar que su labor primera es la del artista objetivo. Al mirarse en sí mismo, al traducirse a quien piensa o desea ser, el autorretratista crea un tercer personaje. El escritor Miguel de Cervantes mira al hombre que lo alberga y elabora uno de los mejores ejemplos del género. Por su parte, Ignacio Manuel Altamirano se autorretrata al disfrazarse en algunos de los personajes de sus novelas; al erigirse en radical comité de salud pública e improvisar un discurso pi-

diendo la cabeza de sus enemigos en tanto no tenga la propia bien segura sobre los hombros; al descargar en sus *Diarios* los pequeños y grandes cuidados de la vida en campaña, la domesticidad o el trabajo diplomático. La *Iconografía* de Ignacio Manuel Altamirano, reunida por Catalina Sierra y Cristina Barros, es un autorretrato heterodoxo de Altamirano. De esta heterodoxia nacen su riqueza de significados y sus diversas posibilidades de interpretación.

Se trata de un Altamirano por él mismo.



Luis Juárez. *Imposición de la casulla a san Idefonso* (detalle), primer tercio del siglo XVII, óleo/madera Museo Nacional de Arte, México, D. F.

Pero el genio de su vida y el talento de su obra aparecen interpretados de manera objetiva, gracias a la disposición y ordenamiento dados por las autoras de este retrato. Al dinamismo y agilidad del libro contribuye decisivamente la dirección de arte de Laura León. No basta un buen material gráfico para hacer un gran libro. En el que nos ocupa, las imágenes son fruto de una exhaustiva investigación: por lo tanto, muchas de ellas son inéditas o poco conocidas. Su flujo en el libro se debe a que el diseño de cada página está planeado de manera individual. Texto e imagen establecen así un contrapunto eficiente y perdurable.

Hay en el libro tres lecturas fundamentales: la proporcionada por la iconografía que nos lleva a un viaje por la segunda mitad del siglo XIX; la consulta de documentos de difícil acceso, pertenecientes casi todos al archivo Casasús, y una selección de textos donde conocemos las diversas formas en que Altamirano se aproximó a su tiempo. En este último sentido, la *Iconografía* es una imprescindible carta de navegación para el mar dilatado de la obra integral de Altamirano, donde el poeta, el cronista, el narrador, el tribuno, el educador, el coronel republicano fijaron por escrito su testimonio decisivo. Gracias a los *Diarios* de Altamirano, incluidos en las *Obras completas* de Altamirano, también preparados por Catalina Sierra, como al epistolario a cargo de Jesús Sotelo Inclán, tenemos acceso a la bitácora guerrillera de Altamirano y nos enteramos de su participación activa, sobre todo durante la Intervención francesa. Al igual que el diario llevado por Rimbaud en su última y penosa travesía, con la pierna destrozada, por los desiertos etíopes, Altamirano da cuenta de los lugares a donde llega y escribe la orden del día con la frialdad de un jefe militar y no con la retórica del literato.

Afirma Justo Sierra que hacer la biografía de un hombre es hacer la biografía de una nación, como lo demostró al escribir la monumental *Juárez su obra y su tiempo*. En la presente *Iconografía* de Altamirano, leemos la historia individual y colectiva de uno de nuestros más distinguidos liberales. Para fortuna de nuestra Historia, la realidad supera casi siempre a la leyenda. Las oportunidades son un hecho, pero exigen talento y constancia para prosperar. En 1850, el indígena de 15 años que entonces tiene Altamirano, llega al Instituto Científico de Toluca para hallar en uno de sus profesores el modelo político, filosófico y literario que habrá de seguir a lo largo de su vida. El profesor se llama Ignacio Ramírez, tiene 32 años y acaba de ser nombrado catedrático de pri-

mero y tercer año de Jurisprudencia. El fuego reconoce al fuego y surgen las elecciones afectivas. En 1889, tras la muerte de su maestro, Altamirano tendrá oportunidad de saldar su deuda al escribir la biografía de Ramírez, coincidente con la instalación de la escultura del Nigromante en el Paseo de la Reforma.

La biografía que Altamirano hace de Ramírez es otra forma de la autobiografía. Lo más notable de este trabajo es la manera como Altamirano vence la retórica broncínea para ofrecer una interpretación objetiva de los alcances del pensamiento de Ramírez. De modo semejante, uno de los mayores méritos de esta *Iconografía* es no ofrecer a un héroe erguido en el pedestal de los intocables, sino a un hombre acosado por deudas y enfermedades, con apetitos comunes y corrientes, acaso exacerbados por su sensibilidad poética. Pero también está ahí el incansable trabajador intelectual y el promotor que capitaneó, a partir del triunfo de la República, la mayor empresa cultural de su siglo. Como antes Miguel Hidalgo y después José Vasconcelos, Altamirano pertenece a la estirpe de hombres de acción y de pensamiento que fincan en la educación la posibilidad de convertir a cada ciudadano en un señor de sí mismo. La situación ha cambiado desde la época cuando Altamirano concibió la Escuela Normal, pero varios de sus escritos sobre la escasa remuneración de los docentes, así como el desprecio por su trabajo, tienen actualidad entre nosotros.

Acaso me he alejado con todo lo anterior del alcance inmediato de esta *Iconografía*. Tengo como excusa que una de las cualidades del libro es proporcionar varias lecturas del hombre polifacético y apasionado que fue el maestro Altamirano. Una iconografía testimonia las huellas del tiempo sobre un rostro humano. Leer en el rostro de Altamirano es reconstruir la odisea política de un partido pero también hacer la historia de un hombre que tuvo la voluntad para sobreponerse a los obstáculos de un país donde la segregación del indígena sigue siendo un hecho innegable. "A la piedra en tu rostro", decía Pablo Neruda sobre César Vallejo. La metáfora puede aplicarse al rostro de Altamirano, acaso el más feo de nuestros próceres, pero también acaso la personalidad más inconfundible en la galería de su tiempo. En retratos de grupo, Altamirano sobresale inmediatamente, y lo fotógrafos deben haber encontrado en él un sujeto nada despreciable. Las luces y las sombras, el cabello indomable y las texturas cutáneas resaltan violentamente en un rostro trazado con la misma indómita voluntad que el aludido

tenía en su temple interno. Declaro mi preferencia por algunos de los retratos incluidos en el libro: el romántico retrato del artista adolescente que mira con el ceño fruncido hacia el infinito, la mano derecha sosteniendo una hoja de papel y la izquierda como al desgair. Cruces y Campa lograron una de sus mejores fotografías en ese Altamirano de cabeza leonina y barbas mefistofélicas, en la plenitud de su joven madurez. Es igualmente fuerte y conmovedora la fotografía de un Altamirano sedente, con bombín en las piernas, ya lejos del bien y del mal. También es notable la fotografía donde aparece en Querétaro con Ramón Corona y Vicente Riva Palacio. Los botines cruzados infantilmente y el traje civil de Altamirano contrastan con la chaqueta militar y la bota fuerte del general Riva Palacio. El lenguaje corporal de la fotografía contribuye al conocimiento de la personalidad de los dos caudillos escritores. Mientras Vicente hizo de la guerra y su prestigio una de sus ocupaciones predilectas, al grado de titular uno de sus libros *Cuentos del general*, Ignacio manifiesta en una carta a Juárez su desdén por la carrera de las armas y que sólo las tomaba en defensa de la patria. Altamirano solía repetir que en 13 había nacido, en 13 se había casado y en 13 se moriría. También otro 13, en octubre de 1865, Benito Juárez le envía su nombramiento de coronel.

Así como no podemos concebir a Santos Degollado sin sus inseparables espejuelos ni a Morelos sin paliacate en la cabeza, como sí aparecen en varias litografías del XIX, el vigoroso rostro indígena de Altamirano es otra de las figuras emblemáticas de nuestro panteón heroico. Por lo tanto, llama la atención la manera como los grabados extranjeros suavizaban sus rasgos para hacer así un Altamirano para exportación.

Agradecemos a Catalina Sierra y a Cristina Barros, así como a los editores de la *Iconografía*, este nuevo retrato de Ignacio Manuel Altamirano elaborado a partir de variados y luminosos fragmentos. Leyendo en su rostro, investigando entre líneas en sus textos, demuestran que el coronel sí tiene quien le escriba y nos devuelven al maestro vivo y polémico en el primer centenario de su ingreso a la inmortalidad y con ello el inicio de un diálogo inextinguible. ♦

Ignacio Manuel Altamirano: *Iconografía*. Prólogo de José Luis Martínez. Investigación iconográfica, antología, introducción y notas de Catalina Sierra y Cristina Barros. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Gobierno Constitucional del Estado de Guerrero, Fondo de Cultura Económica, México, 1993. 197 pp.